

Luis D. Cruz Ocampo

Biblioterapia.—Rocesin



IN pretender analizar, por ahora, los misteriosos, vínculos y los complicados resortes que empujan lo cómico desde las vagas nebulosidades de lo inconsciente hasta la región luminosa de la inteligencia, conviene, no obstante, considerar la cuestión en sus términos más generales para precisar el sentido de las observaciones que se formulan más adelante. Con frecuencia se ha dicho que la ironía y el humorismo marcan un punto culminante en el desarrollo del espíritu humano; y aun se suele tomar a estas formas de lo cómico como la más clara manifestación del valor de la inteligencia. Pero, sin necesidad de atribuirles una significación tan elevada, no es posible desconocer que sólo en lo cómico nos es dado encontrarnos frente a la inteligencia pura; es decir, libre de toda mezcla de emoción o sentimiento. Así, en efecto, de que un hecho o una situación cualquiera ha empezado a interesar nuestros sentimientos en cualquier forma desaparece para nuestro espíritu la posibilidad de encontrar lo cómico que esa situación o ese hecho podrían ofrecernos en otras circunstancias. Tal vez sea esta la explicación de la falta del sentido humorístico que advierte «Rocesin» en la mujer. Su carácter afectivo y pasional le presentará siempre un obstáculo poderoso para llegar al estado de indiferencia sentimental. Y sólo en este estado de absoluta indiferencia sentimental nos es posible ver lo que hay de rígido o de automático en una actitud, en un gesto o en un hecho; lo que hay de inerte o salto de flexibilidad para acomodarse al ambiente en la conducta de un hombre que actúa como impulsado por un movimiento ciego; lo que hay de mecánico e impersonal en un individuo a quien los hechos llevan de un punto a otro, o cuyos movimientos están regidos por hilos que, si son invisibles para el que está atado a ellos, son claros y manifiestos para los demás; lo que hay, en fin, de irreflexivo en todo acto que por su naturaleza debería ser reflexivo. En cualquier parte que sorprendamos un fenómeno de esta especie habremos llegado a los dominios de lo cómico, que podrá manifestarse por la ironía, el humorismo, el chiste, la expresión ingeniosa o cualquiera otra forma o variedad de lo cómico. Aun los juegos de palabras no son otra cosa que simples manifestaciones de una rigidez o falta de flexibilidad en el idioma, que carece de una expresión adecuada para amoldarse a cada caso particular y hacerlo absolutamente inconfundible. Finalmente, la rigidez o «mecanización de la vida», según expresión de Bergson, determina también la diferencia fundamental entre la tragedia y la comedia. En aquella podemos encontrarnos con un hombre apasionado, pero que asimila la pasión, la incorpora a su vida y le da un carácter individual; en la comedia, la pasión—llámesela amor, odio, celos, avaricia, etc.—domina al individuo, le hace perder su personalidad y le lleva de

un punto a otro, manejándole como un juguete mecánico. En el primer caso tenemos a un hombre todo lo apasionado que se quiera y que podrá parecernos gigantesco o terrible, violento o heroico pero que siempre será un hombre; en el segundo, hallaremos una pasión adherida a un ser con apariencias de hombre.

* * *

La manera como «Rocésin» realiza lo cómico encuadra perfectamente dentro de las líneas generales que acaban de ser indicadas. Si se analizan los asuntos que logran interesarle y el mecanismo o procedimiento de que se vale para alcanzar sus efectos cómicos, se podrá ver que unos y otros aparecen como dispuestos especialmente para comprobar la exactitud de los principios de la estética bergsoniana. La rigidez de los caracteres le da, por ejemplo, motivos de abundante comicidad. No de otra fuente deriva la de algunos trabajos como «Huya Ud. de las mujeres sabias», «Los Ascetas», «El Fracaso del Padre Morris», etc., etc. En ellos encontramos individuos que saturados por un principio ideológico o moral amoldan a él su vida y persisten en la línea recta, chocando con el ambiente a que se les traslada precisamente para crear la situación cómica. Allí está el principio rígido e inmutable frente a la vida flexible ondulante y multiforme. Si José Gregorio Maluenda, el personaje que aparece en «Mis Vecinos», resulta cómico, es por la rigidez con que aplica su criterio unilateral frente a todas las complicaciones de la vida. «El Pobre Maestro» aparece cómico y risible porque nos muestra a un hombre que ocupado en su ciencia no sabe darse cuenta de lo que ocurre a su alrededor. En todos ellos hay siempre una idea, un prejuicio o un sentimiento que les abstrae y les coloca fuera del ambiente en que se les coloca. Es, en general, el mismo tipo del profesor especialista, sumergido permanentemente en su especialidad, que sirve de base a una abundante literatura cómica y es motivo preferido de una multitud de chistes.

Sin embargo, «Rocésin» no siempre aprovecha en forma completa la comicidad de algunos personajes como los que se acaban de indicar. Se limita a veces a señalar caracteres que tienen una subida ley de comicidad, pero no los hace actuar. Ve, sin duda, la comicidad de ellos pero no nos la muestra a nosotros. Tal ocurre, por ejemplo, con «Los Fanáticos», que son cómicos por rigidez; con «Los Malabaristas», que son ridículos porque aparecen sin personalidad, empujados sin dirección precisa por la marcha ondulante de los acontecimientos; y con el tipo del vanidoso, que es cómico por excelencia, y que aparece tratado apenas de paso en dos o tres ocasiones. En estos casos, a mi entender, aparece limitado el efecto cómico por el hecho de que falta la contemplación puramente intelectual del personaje o del vicio observado. Se ve demasiado que al autor le molestan los fanáticos, los oportunistas y los vanidosos. Pierde así la condición de indiferencia sentimental que es base absolutamente necesaria para que pueda presentarse lo cómico; y le resulta un artículo de crítica social en el que el interés de lo cómico queda relegado a un plano secundario. Otros casos hay en que el autor ve al personaje ridículo; pero produce el efecto cómico no por un acto que

se atribuya a ese individuo sino por el comentario que le añade el autor, como pasa en «Los Incomprendidos». El individuo incomprendido, considerado desde un punto puramente intelectual, sin vinculaciones afectivas de ninguna especie, y sin detenerse a considerar si es incomprendido por razón de superioridad o de inferioridad al medio, es sin duda alguna, un tipo esencialmente risible. Así lo entiende también «Rocesin» pero nos hace solamente una enumeración de «incomprendidos» que son tipos de carácter rígido por especialización. Tal vez un ejemplo aclare más este asunto. «Un investigador especulativo—dice en el artículo citado—que se pasa la vida manejando verdades absolutas en una celda del segundo piso del Seminario no comprende que haya gente que, despreciando los encantos de la metafísica pierda su tiempo en construir alcantarillas, en cortarse el pelo o en sacar goteras». La comicidad no está aquí producida por un acto que se haga ejecutar al personaje y por medio del cual este demuestre su rigidez o inadaptabilidad al ambiente, sino que proviene del cambio de lo intelectual a lo material y lo físico que nos impone el autor, recordándonos frente a las aficiones del espíritu las necesidades materiales de la vida. Se trata también de un caso de rigidez; pero no es ya la del personaje que choca con el medio ambiente, sino otra: la inquebrantable rigidez de las necesidades materiales que se imponen ineludiblemente sobre las aficiones o los hábitos del espíritu. He querido también citar este ejemplo porque me parece que muestra una tendencia característica en el autor: el predominio de la comicidad de la expresión sobre la comicidad de los caracteres o de los hechos. Esta característica lleva a «Rocesin» a cultivar especialmente diversas formas de lo cómico en la expresión, como ser la ironía, la inversión, la materialización de metáforas y símbolos, etc., etc. Emplea también el humorismo pero sólo en el sentido que atribuye Bergson a esta palabra y no en el que le da Freud, que es, a mi entender, más exacta. En efecto, Bergson hace del humorismo una especie de ironía al revés. Así mientras la ironía se produce cuando se describe un estado o situación ideal y se finge creer que la realidad es idéntica a ese ideal; el humor, en cambio, se produce cuando se describe lo real por malo que sea y se finge creer que de ese mismo modo debe ser lo ideal. Pero tal diferencia parece constituir más exactamente dos procedimientos para producir la ironía que dos géneros diversos de lo cómico. Freud da a la palabra humorismo un sentido diverso. Sabido es que lo cómico excluye lo sentimental. Pues bien, en el humorismo hay un principio de sentimiento que es cortado repentinamente por una idea que le sofoca en estado todavía naciente. Así establecidas las cosas, el humorismo de «Rocesin», repito, no es el de Freud sino el de Bergson.

Las metáforas y los símbolos ofrecen a «Rocesin» un amplio material de comicidad. Le basta para ello vaciarlas de su contenido general y moral y darles un sentido material y restringido. Se tiene así como resultado una fórmula inerte, rígida, desprovista de vitalidad, que producirá necesariamente lo cómico frente a los múltiples fenómenos de la vida a los que no puede amoldarse. Por esta misma razón es fácil alcanzar efectos de comicidad, situándose en estado de indiferencia afectiva, ante los ritos de un culto, las ceremonias de una sociedad o las costumbres de un pueblo. Corresponde esta forma de lo cómico en la expresión

a la de lo cómico de los gestos o actitudes cuando se emplean separadamente de los estados anímicos que se manifiestan por medio de ellos.

Emplea también «Rocesin» como procedimiento cómico el de las enumeraciones en que se mezclan arbitrariamente toda clase de objetos, situaciones, personas y conceptos. Tiene el sistema una apariencia de novedad, por lo menos entre nosotros que le conocimos, si no me equivoco, por intermedio de César Cascabel. Pero en realidad su abolengo puede remontarse a Rabelais o tal vez más arriba en el tiempo. Por otra parte, lo cómico resulta aquí de elementos ya conocidos. Si se examina, por ejemplo, la enumeración que aparece en el artículo «El Aburrimiento» se podrá ver que aisladamente ninguna de las cosas enumeradas podría producir lo cómico con solo atribuirle la calidad de ser aburridas. Si se dijiera, en efecto: «es aburrido el Antiguo Testamento»; «es aburrido el luto riguroso», etc. etc., no se habría producido efecto cómico alguno. Pero la enumeración que va comprendiendo, bajo un rubro común, cosas que son aburridoras con otras en las que esta calidad no está manifiesta muestra un automatismo evidentemente cómico. Parece que el autor va enumerando distraídamente cosas, personas, hechos y conceptos, y saltando de lo moral a lo físico, de lo intelectual a lo material, o vice versa, sin reflexión alguna.

Todavía explota «Rocesin» algunos otros procedimientos cómicos con los que alcanza resultados favorables. Pero entre ellos sobresale, sin duda, en el manejo de los que se refieren a lo cómico profesional. Son numerosos los artículos de este carácter que aparecen en la obra; y es de lamentar que su comicidad de muy buena ley sólo pueda ser apreciada en debida forma por los que conocen la terminología profesional empleada. Aquí también, en el fondo, aparece una rigidez como causa del efecto cómico. Un lenguaje especial que conviene solamente a un orden determinado de ideas o asuntos se traslada a otro círculo de ideas que se pretende hacer entrar en el molde. Además, dentro de estos mismos temas, obtiene «Rocesin» efectos de particular interés haciendo primar en la administración de justicia, por ejemplo, la forma sobre el fondo o la rigidez de la letra sobre el espíritu. Tal ocurre en el caso de «El Parlatta» en que todo, intereses, conveniencias, y hasta la vida misma de los litigantes si es preciso queda majestuosamente triturado por la marcha fatal e implacable de las leyes procesales.

De acuerdo con las ideas que han quedado expresadas, nada más natural que el que «Rocesin» encontraba también lo cómico en la música. En efecto, en «El Humorismo en la Música» nos hace saber como ocurrió aquel hallazgo. Se trataba de un berceuse cuyos primeros compases no se apartaban del ritmo conocido. «Pero de repente—dice el autor—sin que nada lo hiciera presumir una llovizna de semifusas absurdas, enmarañadas, histéricas cayó sobre nosotros etc. etc.» El mecanismo puesto en juego es semejante al que determina el humorismo en la expresión verbal, según la idea de Freud, que ya ha sido señalada. Los primeros compases despertaron en el oyente un sentido del ritmo que parecía que iba a continuar en una dirección determinada; pero repentinamente se desvía la atención hacia otro ritmo que sofoca el naciente placer de la melo-

día, presentándose como dice el autor «sin que nada lo hiciera presumir». El mismo efecto se encuentra en las composiciones llamadas potpourri, que Schopenhauer calificó de «infamias musicales que debían estar prohibidas por la policía». Pues bien, cuando se comete una de estas infamias musicales se produce la impresión cómica por la aparición inesperada de una nueva melodía que nace precisamente cuando creíamos que la primera iba a continuar su curso natural ya conocido. Es fácil observar también que el efecto que estas piezas causan en los oyentes es más intenso cuando las melodías ligadas son de carácter más opuesto, como cuando se pasa de una melodía triste a una alegre, de una reposada a una viva y ligera o de un trozo de música seria a una tonadilla. En la gran ópera puede también encontrarse efectos cómicos cuando el tono de la música no se acomoda a la situación que se presenta junto con ella; pero en tal caso lo cómico no es en realidad estrictamente musical, es decir no resulta de la música misma sino que deriva de su mezcla con un hecho o situación que no resulta comentado en el tomo correspondiente.

* * *

Todas las consideraciones que han quedado expuestas permiten llegar a la conclusión de que «Rocesin» posee un temperamento que le permite hallar fácilmente los secretos resortes de la comicidad. Maneja con acierto la ironía, las trasposiciones ya de lo moral a lo físico ya de lo intelectual a lo material, o a la inversa; y en general, se muestra hábil en el empleo de los medios destinados a producir un efecto cómico. Su comicidad fluye espontáneamente de sus narraciones. Sin embargo no sería posible desconocer que no todos los trabajos del libro son del mismo valor. Hay, sin duda, diversos artículos de un interés demasiado reducido; y alusiones a hechos que ya no interesan o están definitivamente olvidados; lo que puede explicarse por la circunstancia de estar formada la obra en gran parte por artículos hechos para los diarios. La natural precipitación con que han debido ser escritos, y tal vez la idea del medio a que iban destinados—al lector un poco distraído de los periódicos—han hecho que algunas veces «Rocesin» no se defendiera lo suficiente de su facilidad para escribir, eliminando expresiones que, si bien son cómicas por naturaleza, han llegado a perder gran parte de su comicidad a consecuencia de su empleo frecuente. La comicidad parece desvirtuarse en las frases más rápidamente que cualquiera otra cualidad. Pero, juzgando a «Rocesin» por lo que puede dar una idea de su capacidad de escritor cómico, o sea por su producción de mayor valor, es indudable que habrá de tenersele por un espíritu de verdaderas condiciones intelectuales para obtener éxitos en el difícil manejo de la comicidad.